

fulgor de su hermosura. Algún día podremos verle al descubierto en el Tabor de su gloria perdurable. Así sea.

SERMÓN SEXTO

(predicado en la iglesia de San Agustín, Bogotá, 1887).

Efectos de la sagrada Eucaristía: conocimiento y amor de Dios.

Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum.
Y se abrieron sus ojos, y le conocieron.

Luc. 24, 31.

1. Dos cosas son absolutamente necesarias para que se efectúe en el vidente el fenómeno cognoscitivo que se llama visión; á saber, la luz y el ojo, el objeto bañado de claridad y el órgano apto para percibirla. Pero de estas dos cosas, aunque la primera sea fundamento objetivo de la visión, y aun razón de existir la segunda, puesto caso que el ojo no habría sido formado por Dios si no hubiese qué ver; la segunda, sin embargo, esto es, la aptitud del órgano visivo, ofrécesenos como más necesaria, atendido el acto mismo de la visión, que la primera. Porque ¿de qué serviría, oyentes míos, la brillante claridad de un objeto esplendoroso en sí mismo, y hasta su presencia delante del ojo enfermo ó ciego, ó tal y tan débil que la luz excesiva le ofuscará y obligará á cerrarse y como á huir de él? No es, pues, la naturaleza del objeto por sí sólo, ni siquiera el grado intenso de luz que lo baña, lo que produce la clara y perfecta visión: es la aptitud y adecuada disposición del órgano de la vista. Otro tanto sucede en el orden intelectual, que es orden de luz y de visión superior. Dios, objeto infinitamente cognoscible por su misma

esencia, que no es otra que el ser sin limitación ni accidentes¹, está, sin embargo, dice la Escritura, rodeado de una niebla misteriosa é impenetrable para el entendimiento del hombre²: es luz, pero luz inaccesible. Evidente en sí, es demostrable para nosotros su existencia, paradójica su naturaleza; y, en cuanto á su modo íntimo de ser, ó esencia íntima, misterio absolutamente indecifrabable³. ¿Por qué todo esto, hermanos míos, sino por defecto de capacidad de parte nuestra, y por exceso de luz y claridad en el objeto? Semejantes á las aves nocturnas, cuya pupila no es bastante resistente á los rayos del día, y tienen que contentarse con cruzar el espacio á la luz del crepúsculo para buscar su alimento, así nosotros, inteligencias débiles para la suma claridad del sol divino, tenemos que contentarnos con verle en el pálido reflejo que de Él arrojan las criaturas; y, si es que alzamos nuestros ojos para mirarle en sí mismo, no ha de ser sino á la penumbra de la fe⁴.

2. Necesitamos, pues, para alcanzar el conocimiento del Ser divino (en cuya noción se cifra la felicidad del ser inteligente), no sólo la aptitud sobrenatural para ver de algún modo lo que está tan por encima de nuestros alcances, sino también que Dios, por un acto de condescendencia, se adapte á nuestra flaca potencia de visión, que se nos haga visible; y esto es, precisamente, lo que se ha dignado hacer en el Sacramento de su presencia eucarística, en el cual podemos, mejor que en ninguna otra parte, *conocer á nuestro Dios y gozar con fruición* inefable de la felicidad que nos brinda su conocimiento. Estos son, en verdad, los maravillosos efectos de la divina Eucaristía:

¹ Ex. 3, 14.

² 1 Tim. 6, 16. Ps. 96, 2.

³ Io. 1, 18.

⁴ 2 Petr. 1, 19.

conocimiento y amor de Dios, como le obtuvieron los dichosos discípulos que iban á Emaús en la tarde del día de la Resurrección, al ver á Jesús partiendo el pan y dándoselo, como en el Cenáculo¹. ¡Maravillosas trazas de la sabiduría divina para confundir la vana sabiduría del mundo!² ¡Esconder tesoros de luz en el fondo de la oscuridad! ¡Brillar en las tinieblas! ¡Darse Dios á conocer y hacerse amar del hombre en el misterio de su más profunda humillación! ¡Plegue á su infinita bondad darnos de una vez la luz de que necesitamos para entender una verdad tan provechosa para nuestras almas! Pidámosla humildemente por mediación de María. *Ave María.*

I.

3. ¿Pensáis, amados fieles, que podemos conocer á Dios, mejor que en ninguna otra parte, en lo alto de los cielos, en el trono de su gloria, donde le vió Isaías arrebatado en visión sobrenatural?³ ¡Ah! dejad esa manera de conocer á Dios para otro estado más dichoso, para la bienaventuranza del cielo; pues, por lo que hace al estado presente de viadores, en ninguna otra región le conoceréis mejor que en el modesto trono del altar. ¿Queréis con ojos enfermizos fijar la arrogante mirada en el disco inflamado del sol de mediodía? Pues, no conseguiréis otra cosa que quedar deslumbrados; vuestra osadía será castigada inmediatamente, redoblándose en derredor vuestro las tinieblas que os harán invisibles los objetos más triviales. Ese mismo sol, á través de una gasa nebulosa que amortigüe sus rayos sin desvanecer sus contornos, es objeto de interesante y delicioso estudio para el sabio, de entusiasmo para el poeta,

¹ Luc. 24, 35.² 1 Cor. 1, 19.³ 2 Par. 18, 18.

de admiración para todos. No es, pues, extraño que Dios, foco de luz inaccesible á toda inteligencia inferior á Él, ciegue, en vez de alumbrar, al atrevido entendimiento que, nuevo Prometeo, intente escalar el cielo y robarle sus rayos para animar la frágil estatua de su vana ciencia. No es extraño que, para alcanzar á vislumbrar las perfecciones del Ser infinito, tengamos necesidad de contemplarlo á través de algún velo que, como la nube del monte Olivete¹, sin robárnoslo de todo, nos permita fijar en Él nuestra menguada pupila. Tal es el velo de carne con que Dios encubrió su majestad y descubrió las riquezas de su misericordia, haciéndose hombre. *Y el Verbo se hizo carne... y vimos su gloria*². ¡Admirable enlace de ideas, al parecer incompatibles! *Hecho carne* el Verbo de Dios, *vimos su gloria*; no la gloria del hombre solamente, sino la del Unigénito del Padre, la del Dios de Dios, lleno de gracia y de verdad. ¿No parecía que debiese suceder lo contrario, es á saber, que la carne nos hiciera invisible al Hijo de Dios, ó á lo menos nos estorbase la vista de su gloria? Porque, en hecho de verdad, *siendo toda carne heno*³, la vestidura de nuestra vil naturaleza ni parecía ropaje digno de Dios, ni espejo en que pudiesen retratarse sus divinas perfecciones. Sin embargo, queda en pie la afirmación del Evangelio: *El Verbo se hizo carne, y vimos resplandecer su gloria*. Ni tengo para qué empeñarme en demostrar la verdad de esta sublime afirmación, bastando para apoyarla plenamente la autoridad del testimonio de aquel que *vió* la gloria del Hijo de Dios. Por lo demás, su demostración más brillante es la aureola de gloria que rodea al cristianismo, y que brilla á los

¹ Act. 1, 9.² Io. 1, 14.³ Is. 40, 6.

ojos de todas las gentes con más esplendor que el astro del día en la mitad de su carrera.

4. Pues bien, hermanos en Cristo: ese velo sagrado de la carne que cubriendo á Dios le hace visible á nuestra fe, es el mismo que, en la venerable Eucaristía, oculta á Jesucristo, verdadero Dios y hombre y hostia juntamente, escondido, á su vez, bajo otro velo, más tenue ó más denso, no lo sé, cual es el de los viles accidentes de pan y vino. Ahora bien, si la noción de Dios ha de medirse, según la extraña ley que hemos observado, por la densidad del velo que le encubre, ¿no diremos, con razón, que en la Eucaristía vemos la gloria del Unigénito de Dios aun más claramente que en el misterio de la Encarnación? ¿No podremos á lo menos, parodiando la profunda sentencia del Apóstol del amor, afirmar que, hecho Dios vianda y manjar, cuando dijo: *Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida*, hemos contemplado su gloria más magnífica que en la estrellada bóveda del cielo? ¡Ah! cristianos: nuestro cielo, acá en la tierra, es la sagrada Eucaristía, porque la Eucaristía es el portal de Belén donde cantaron los ángeles, es el Tabor donde es bueno estar eternamente², es el Calvario donde el Eterno *reconcilió al mundo consigo*³... ¿Qué son, en el fondo, sino una misma cosa la Encarnación y el Sacramento de nuestros altares? Allí se encarna el Verbo en las entrañas de la Virgen, y aquí se reencarna, dice San Agustín, en las manos del sacerdote. El Verbo hecho carne *habitó entre nosotros*⁴; y hecho manjar, reside en nuestros tabernáculos.

¹ Io. 6, 56.

² Marc. 9, 4.

³ 2 Cor. 5, 19.

⁴ Io. 1, 14.

5. Podemos, pues, razonar del mismo modo sobre el conocimiento de Dios que nos dan uno y otro misterio. ¡Qué hecho tan luminoso el de la Encarnación! Más maravilloso que todos los prodigios obrados en favor del antiguo pueblo escogido, aunque escándalo para los judíos; más lleno de sabiduría que todos los libros de los sabios de Grecia y Roma, aunque locura para los falsos sabios que perecen en la corriente de su fatuidad; es, dice San Pablo¹, el hecho que revela todo el poder y la sabiduría de Dios. ¿Y no es por el conocimiento de estos soberanos atributos por donde alcanzamos alguna idea del Criador? *Grande es el Señor, y grande su virtud*², exclama el profeta. *Hicístelo todo con sabiduría; su sabiduría no tiene número ni límite*³. Pues, Cristo es *sabiduría y virtud de Dios* por excelencia, según el irrefragable testimonio del Doctor de las naciones. Si el judío no quiere reconocerlo así, es por efecto de miserables preocupaciones; y no es sino ceguera propia del hombre animal la que impide á los gentiles descubrir la gloria del Unigénito de Dios. El hijo de la tradición judaica se escandaliza suponiendo indigno de la majestad de Jehováh el misterio de la humillación del Pesebre y del anonadamiento del Calvario; pero su escándalo es el de los fariseos, es el del sumo sacerdote que grita, rasgando hipócritamente sus vestidos: «¡Abominación! ¡Blasfemia!»⁴ ¡El crucificado no puede ser el Hijo de Dios! Si tal fuera, bajaría del patíbulo, burlando á sus verdugos.»⁵ Tales son los funestos efectos de la preocupación sectaria, la obcecación y la resistencia á toda luz que viene á desbaratar las

¹ I Cor. 1, 24.

² Ps. 146, 5.

³ Ps. 103, 24.

⁴ Matth. 26, 65.

⁵ Ibid. 27, 39 sgs.

ideas preconcebidas, descubriendo nuevos horizontes divinos al humano entendimiento. El gentil se burla no concibiendo cómo pueda conciliarse la terrenal existencia con la inmutabilidad del Verbo de Platón, ni la muerte del ajusticiado con la inmortalidad del autor de la vida. *Los judíos piden milagros para conocer á Dios*¹; *los griegos buscan en Dios la fuente de sublimes especulaciones*; pero aquel que se complace en confundir todos los vanos cálculos del pensamiento humano, se da á conocer á los que tienen ojos, no deslumbrados por la soberbia, por medio de la suprema humillación de la cruz. *Para que no se gloríe la sabiduría carnal en su presencia*, añade el Apóstol²: para que el hombre reconozca humildemente que toda luz para conocer á Dios le viene de Dios mismo, sin cuya revelación las tinieblas se condensan en el caos de la humana inteligencia. *¿Dónde está el filósofo? ¿dónde el escriba?*³ Ellos nada han adelantado en la verdadera ciencia de Dios, porque, si bien han hecho á sus discípulos más presuntuosos y grandilocuentes, reflexiona San Agustín⁴, los han tornado más hinchados y soberbios. Han producido la falsa ciencia, y nada más. La ciencia que hincha y desvanece no corresponde á su objeto, no es ciencia verdadera que alimenta el espíritu hambriento de verdad y bien.

6. El incrédulo de nuestros tiempos, envanecido con los triunfos de su flaca razón en el terreno de las ciencias físicas, si es que no desconoce descaradamente á Dios, relegándole á la categoría de las abstracciones, fórgase de Él un concepto arbitrario, caprichoso, cortado á la medida de sus sistemas y de sus pasiones. De ahí

¹ I Cor. 1, 22.

² Ibid.

³ Ibid. 1, 20.

⁴ Confess.

es que ora se inclina al lado del judío que pide milagros, ora al del griego que busca sublimes concepciones; pero desdeña siempre al cristiano que reconoce á su Dios en la humildad de la cruz y en el abatimiento del altar. Tal es la fuente envenenada de sus ataques al augusto Sacramento. ¿Cómo conciliar, nos dice, la humillación de la hostia con la omnipotencia del Criador? ¿Cómo persuadirnos de que aquel que llena los ámbitos del mundo haya de estar encerrado en una partícula de materia? He ahí el escándalo de los judíos reproducido por el racionalismo farisaico. ¿Cómo creer á pie juntillas que los sentidos yerren aplicados á su objeto, y yerren constantemente y se equivoquen diciendo que es pan lo que no es pan sino cuerpo de Cristo, y que es vino lo que no es sino su sangre? ¿Y así debemos pasar por encima del criterio más autorizado, más natural, cual es el de nuestros mismos ojos, paladar y tacto? Ahí tenéis, hermanos míos, la locura de los gentiles, renovada á los ojos del incrédulo. Y sin embargo, no hay nada en nuestros augustos misterios de que el ser racional pueda ni deba escandalizarse, nada que pueda calificarse de aberración ni absurdo. La locura está en la cabeza del falso sabio, que pretende medir las obras del Omnipotente por sus débiles alcances; el escándalo no procede sino de la mala fe, de preocupación é ignorancia. Así es que, una vez depuesta la soberbia del altivo pensamiento, y convenido en que *más puede Dios hacer que el hombre comprender*¹, según San Agustín, ¡cuánta sabiduría y qué magnificencias del poder divino no se descubren así en la Eucaristía como en la Encarnación! Esos dos altísimos

¹ Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur investigare non posse (S. August.).